

Migración, masculinidad y menores repatriados en la frontera Matamoros-Brownsville¹

Migration, Masculinity and Minors Repatriated on the Matamoros-Brownsville Border

RESUMEN

El propósito de este trabajo es hacer una aportación al estudio de la migración internacional en la frontera entre México y Estados Unidos. Se presenta un análisis preliminar sobre las encrucijadas de la migración y la masculinidad en la experiencia de menores repatriados por la frontera entre Matamoros, Tamaulipas, y Brownsville, Texas. Específicamente se indaga cómo la experiencia migratoria de los menores está articulada con un aprendizaje y una mística de la masculinidad. Se concluye que para los menores migrar constituyó un ritual de paso que reforzó los significados sobre ser y actuar como un hombre.

Palabras clave: menores, migración, masculinidad, identidad, frontera

ABSTRACT

The purpose of this paper is to make a contribution to the study of international migration on the US-Mexican border. I present a preliminary analysis of the difficult crossroads involving migration and masculinity regarding the experience of minors repatriated at the border between Matamoros, Tamaulipas, and Brownsville, Texas. Specifically, I delve into how the migratory experience of minors is connected to learning about masculinity and its mystique. I conclude that, for minors, migration is a rite of passage that reinforced the meanings of being and acting like a man.

Key words: children, minors, migration, masculinity, identity, border.

76

* Investigador titular de El Colegio de la Frontera Norte-Matamoros, México, ohernandez77@gmail.com

Recibido: 15 de marzo de 2012 / Aceptado: 14 de mayo de 2012

INTRODUCCIÓN

Hasta hace poco, el estudio de la migración internacional de menores de edad no era de interés en las ciencias sociales. Con relación a ello, Mancillas Bazán (2004: 212) comenta que: “cabe señalar que la participación de los menores en el flujo migratorio es un aspecto poco estudiado, en parte debido a la *invisibilidad* que los estudios les otorgaron y además por el predominio abrumador de la participación de adultos”.

No obstante, últimamente el fenómeno se ha incrementado. Según un reporte de la UNICEF, en el país “cada año, alrededor de 40 000 niños y niñas que migran son repatriados desde Estados Unidos a México, de éstos 18 000 viajan solos” (UNICEF, 2011). Para este organismo internacional, los menores migrantes no sólo son mexicanos, sino también de otros países.

Para el año 2006, por ejemplo, el Instituto Nacional de Migración informó que 37 599 niños, niñas y adolescentes mexicanos fueron repatriados desde Estados Unidos, de los cuales 74.3% eran del sexo masculino. Por otro lado, se notificó que para el 2007 un total de 5 771 niños, niñas y adolescentes centroamericanos fueron repatriados desde México a sus países de origen (UNICEF, 2011).

Tales datos estadísticos sobre los menores migrantes repatriados, ya sean mexicanos o centroamericanos, muestran otra dimensión de los movimientos migratorios en tanto los menores participan en procesos de migración internacional. Sin embargo, poco o nada se sabe acerca de cómo para los menores varones la experiencia de migrar se articula con anhelos personales y colectivos de ser un hombre o actuar como tal.

Los pocos estudios sobre menores migrantes no han dado respuestas para cuestionamientos como el antes planteado, más bien han explorado las relaciones de amistad que tejen algunos menores en ambos lados de la frontera (López Castro, 2000), cómo la educación propicia la construcción de identidades binacionales (López Castro, 2009) y sus experiencias en la crianza infantil (Mummert, 2009).

Visto así, el análisis de las encrucijadas de migración y masculinidad entre los menores que han sido repatriados de los Estados Unidos y que, referencialmente, tienen como contexto de confluencia ciudades fronterizas de México, constituye un tema de investigación por demás interesante desde un enfoque fenomenológico interesado en las subjetividades de menores, aun cuando éstos hayan sido detenidos en su intento por cruzar de ilegales al país vecino.

Concretamente, en este trabajo analizo los anterior teniendo como sujetos de estudio a menores migrantes que fueron repatriados por la frontera entre Matamoros, Tamaulipas, y Brownsville, Texas; área fronteriza con una larga tradición como cruce por su colindancia con el país vecino, siendo un punto clave para circuitos migratorios hacia la costa este por concentrar un sinnúmero de “pateros” (Sánchez Munguía, 1993).

Inicialmente presento las bases teórico-metodológicas que han servido como punto de partida para la realización de este trabajo, el cual se inscribe en un proyecto de investigación más amplio. Después, hago una aproximación al Centro de Atención al Menor Fronterizo situado en la ciudad de Matamoros. Posteriormente, analizo los matices del proceso de aprendizaje de la masculinidad y de construcción de la mística de la masculinidad en la experiencia migratoria de los menores. Finalizo con algunas conclusiones referentes a la articulación entre migración y masculinidad.

BASES TEÓRICO-METODOLÓGICAS

El abordaje de la migración internacional de menores mexicanos desde el enfoque de la masculinidad, *grosso modo* plantea analizar cómo se construyen los significados de ser y/o de actuar como un hombre para los hombres en diferentes momentos de sus vidas, espacios y situaciones de interacción social (Kimmel, 1997: 49).

78 Evidentemente, dicho análisis se inscribe en los estudios que exploran la migración desde una perspectiva de género (Valle Rodríguez, s/a), concretamente en aquellos que privilegian las contribuciones del concepto de masculinidad a los trabajos sobre migración internacional (Vega Briones, 2009) y las formas en que se matiza el “ser un hombre” migrante en ambos lados de la frontera.

Aún cuando la mayoría de los estudios sobre la masculinidad han centrado la mirada en hombres adultos, contados lo han hecho sobre menores de edad afirmando que algunos espacios (y experiencias) permiten la configuración de identidades de género (Rodríguez Menéndez, 2005), específicamente de la identidad masculina en la escuela, el deporte, o a través del humor, la sexualidad e incluso el valor demostrado ante pares o adultos (Rodríguez Menéndez, 2007).

Algunos estudios sobre migración de menores han partido de enfoques sobre la masculinidad para analizar las formas en que los varones, al emigrar,

viven un “rito de paso” que legitima su hombría ante otros hombres y las mujeres (Keijzer y Rodríguez, 2007), otros han resaltado la decisión de no emigrar de los hombres como una experiencia que redefine la virilidad en contextos comunitarios (Rosas, 2007).

Aquí partiré, por un lado, de los planteamientos de Sue Askew y Carol Ross (1991) sobre el aprendizaje de la masculinidad, y por otro de las formulaciones de Myriam Miedzian (1995) acerca de la mística de la masculinidad. Ambos son puntos de partida teóricos útiles para explorar el proceso de construcción de la identidad masculina entre menores migrantes repatriados por la ciudad de Matamoros.

Askew y Ross (1991: 14-15) afirman que los chicos aprenden a ser hombres a partir de comportamientos observados, a la vez que factores culturales refuerzan el sentido de lo “varonil” entre ellos. Las autoras señalan que hay una visión dominante de los hombres que los presenta “como duros, fuertes, agresivos, independientes, valientes, sexualmente activos, racionales, inteligentes, etcétera”. Y más adelante advierten que:

Si se enseña a la gente joven a ser muy competitiva, a actuar siempre como líder y a ser muy independiente y ambiciosa se les está proporcionando una visión del mundo que refuerza las ideas sobre ganadores y perdedores, poderosos e impotentes, fuertes y débiles, iguales e inferiores (Askew y Ross, 1991: 16).

Mientras que Miedzian (1995: 26) argumenta que en la vida social prevalece una mística de la masculinidad constituida por valores, como son: “la dureza, el afán de dominio, la represión de la empatía, la competitividad extrema”. Asimismo, señala que dicha mística adopta distintas formas, en diferentes ambientes, pero con el mismo resultado, a decir de una configuración masculina sustentada en la violencia.

Sin duda alguna, la migración internacional es un proceso y una experiencia en la que los menores, de diferentes formas, definen o matizan sus identidades masculinas en tanto que en la cultura prevalece un modelo de masculinidad hegemónica (Gutmann, 2000; Viveros, Olavarría y Fuller, 2001), el cual plantea la necesidad de que sean los hombres los “encargados” de la familia desde la infancia y a cualquier costo.

Las propuestas y formulaciones previas, como se puede observar, constituyen una guía para analizar si los menores migrantes repatriados, durante su experiencia migratoria adquieren un aprendizaje de la masculinidad, o bien,

si simultáneamente se enfrentan o desarrollan una mística de la masculinidad durante el proceso de migración.

Con base en este sustento teórico se inició un estudio sobre los menores repatriados por la frontera Matamoros-Brownsville. Tal como afirma Sánchez Munguía (1993: 186), esta área fronteriza es atractiva para los migrantes dado que es una ruta que enlaza con ciudades norteamericanas de la costa este, hay una amplia red de “pateros” que permite el cruce ilegal y, finalmente, porque existen organizaciones civiles que apoyan a los migrantes.

Se eligió esta área fronteriza por el hecho de constituir un espacio de confluencia de menores (y adultos) que se ajustan a estas dos características. Asimismo, por la dinámica cultural heterogénea en la frontera. Concretamente, para explorar lo planteado en este trabajo se desarrolló una estrategia metodológica cualitativa (Barragán, 2001), la cual consistió en captar las subjetividades de los menores migrantes repatriados a partir de la narrativa de sus experiencias y los significados atribuidos a las mismas.

Los menores fueron contactados y entrevistados en el Centro de Atención al Menor Fronterizo (CAMEF) en Matamoros, un albergue dependiente del Sistema DIF municipal que recibe a los menores entregados por agentes del Instituto Nacional de Migración, para darles atención médica, psicológica, de trabajo social y servicios alimenticios mientras sus familiares van a recogerlos (Velázquez, 2009).

80 Concretamente se retoman los casos de cinco menores migrantes repatriados de Estados Unidos: todos ellos varones mestizos, de origen rural y suburbano, de entre 14 y 17 años de edad, originarios de los estados de Oaxaca, San Luis Potosí, Veracruz, Zacatecas y Guanajuato. Para captar sus experiencias se echó mano de la técnica de la entrevista en profundidad (Olaz, 2008). Ésta se implementó con base en un guión que incluyó diferentes ejes temáticos, todos ellos orientados a cualidades sobre la virilidad.

El uso de esta técnica, así como de otras fuentes de información como son las estadísticas, permitió entender inicialmente el aprendizaje y la mística de la masculinidad en las experiencias de los menores migrantes repatriados por esta área fronteriza entre México y los Estados Unidos.

EL CENTRO DE ATENCIÓN A MENORES FRONTERIZOS

Los Centros de Atención a Menores Fronterizos (CAMEF) surgieron en México a mediados de la década de los noventa, como resultado de un convenio

entre la UNICEF y el Sistema DIF Nacional. Estos tienen como objetivo: “Prevenir y atender las necesidades de los niños, niñas y adolescentes migrantes y repatriados que viajan solos para reintegrarlos a sus familias y a sus lugares de origen” (DIF, s/a).

En este sentido, a lo largo de la frontera norte del país se han construido centros de este tipo para dar atención a los innumerables menores que, cada año, cruzan la frontera y son deportados por autoridades migratorias. La ciudad de Matamoros no es la excepción, pues también desde los años noventa fue que se fundó el CAMEF, teniendo inicialmente un enfoque ciudadano y asistencialista (Quintero Ramírez, 2007: 11).

En los últimos años, el CAMEF en Matamoros ha continuado atendiendo a los menores repatriados por este lado de la frontera norte. Para autoridades locales como el Procurador de la Defensa del Menor, ello se debe no sólo a un programa nacional, sino también a que el cruce y la repatriación de menores de los Estados Unidos representan “un problema” dada la cantidad de detenciones, al menos en una ciudad fronteriza como ésta.

Según datos estadísticos de este albergue, de enero a noviembre del año 2011 se registraron un total de 362 menores mexicanos ingresados, de los cuales 75% fueron varones y 25% restante mujeres. Sus edades fluctuaban entre los 18 y los 9 años, la mayoría oriundos del estado de Tamaulipas, así como de otras entidades del país, tal como se muestra en el siguiente cuadro.

No obstante, la cifra de menores ingresados tiene variaciones considerables, tal como lo señala la coordinadora del albergue: “En el 2010 cerramos con un promedio de 468 menores, en el 2011 se cerró con aproximadamente 420. En enero de 2011 se cerró con 16 menores y en este enero de 2012 se

81

CUADRO 1**ESTADOS DE ORIGEN DE LOS MENORES MIGRANTES POR SEXO, 2011**

Estado	Total	Hombres	Mujeres
Tamaulipas	161	126	35
Veracruz	37	29	8
San Luis Potosí	16	12	4
Puebla	19	14	5
Guerrero	10	7	3
Otros	20	*	*

Fuente: elaboración del autor a partir de documentos del Centro de Atención a Menores Fronterizos de Matamoros, Tamaulipas.

cerró con 56 menores”. Estos altibajos responden principalmente a temporadas de reforzamiento de la seguridad en la frontera, siendo los menores más proclives a ser detenidos por la *Border Patrol*.

Aún así, los menores optan por cruzar de manera ilegal la frontera, siendo variado su destino. Durante el trabajo de campo, por ejemplo, los menores entrevistados manifestaron dirigirse a ciudades como San Antonio, Houston, Little Rock y Atlanta, es decir a lugares del estado de Texas y de la costa este de los Estados Unidos, donde los recibirían amigos o familiares.

Desde su llegada al albergue, los menores son atendidos y evaluados por el personal técnico, como lo expresa la coordinadora: “Una vez que son pasados, que son ingresados por migración y llegan aquí a recepción, son atendidos por alguien del personal que se encuentra en ese momento”. Su estancia puede variar, dependiendo del tiempo en que son contactados sus padres u otros familiares, y el que tardan en ir por ellos y regresar a sus lugares de origen cuando éstos son foráneos.

Respecto a esto último, para las autoridades del albergue hay dos tipos de menores migrantes: aquellos que denominan “de circuito”, que pertenecen a la ciudad de Matamoros, y los llamados “foráneos”, quienes pueden ser tanto de otro municipio como de otra entidad del país. Sin embargo, tanto unos como otros menores han vivido la experiencia migratoria enfrentando retos y peligros en la travesía.

82 Tanto los menores migrantes de circuito como los foráneos, se caracterizan por haber cruzado la frontera de manera ilegal, en su mayoría acompañados por familiares o amigos y, sobre todo, con la idea de volver a intentarlo; al menos en la opinión de los varones, los peligros que se enfrentan en el camino son mínimos comparados con el temor de volver a ser detenidos y repatriados.

MIGRAR Y APRENDER A SER UN HOMBRE

Regresemos con los planteamientos de Askew y Ross (1991): los varones desde chicos aprenden a ser hombres, tanto al observar algunos comportamientos, como por factores culturales que refuerzan ideologías viriles; es así como en diferentes espacios y situaciones se construyen y fortalecen un conjunto de valores socialmente reconocidos y legitimados como “masculinos”.

Los menores repatriados han vivido un proceso de aprendizaje de la masculinidad a lo largo de su experiencia migratoria, incluso desde antes. Tanto

en su familia como en sus comunidades de origen han observado comportamientos masculinos como trabajar, hacer un patrimonio y proteger, mismos que interiorizan y refuerzan en el marco de factores culturales que moldean los significados de ser y actuar como un hombre.

Tal como se muestra en el siguiente cuadro, las razones dadas por lo menores para migrar de forma ilegal a los Estados Unidos fueron varias, aunque es posible identificar motivos comunes que, al mismo tiempo, permiten comprender cómo la decisión y la experiencia de migrar se traslapó con un aprendizaje de la masculinidad interiorizado desde el ámbito familiar y comunitario donde socializan.

Cruzar y ser un hombre trabajador

Cuando le pregunté a Javier, un menor de 17 años, oriundo de un municipio de Oaxaca, por qué decidió cruzar a los Estados Unidos, me respondió: “Pues mi idea fue de que quería trabajar”. ¿Y para qué querías trabajar?, volví a preguntarle y me dijo: “Para ganar dólares (se ríe), pues para ayudar a mis papás, es que no hay trabajo, bueno sí, pero mi papá no gana mucho y falta en la casa”.

Javier, al igual que otros menores que cruzaron la frontera México-Estados Unidos y fueron repatriados por Matamoros, argumenta que su motivación principal para emigrar fue el interés en trabajar. No sólo se trata de una

CUADRO 2

MOTIVACIONES DE LO MENORES PARA MIGRAR SEGÚN EDAD Y LUGAR DE ORIGEN

Seudónimo y edad	Lugar de origen	Motivaciones para migrar
Javier, 17 años	Oaxaca	Trabajar Ganar dólares Ayudar a sus papás
Carlos, 14 años	San Luis Potosí	Por dinero Apoyar a su familia Problema en la casa
Alfonso, 17 años	Veracruz	Para trabajar Ganar dinero Ayudar a la familia Construir una casa propia
Irineo, 14 años	Zacatecas	Trabajar y mandar dinero Cuidar a la familia Apoyar a padres y hermanos
Julián, 15 años	Guanajuato	Encargarse de la familia Situación difícil en casa

Fuente: elaboración del autor.

aspiración personal, sino también de una necesidad económica anclada en una cultura masculina que evoca que son los hombres quienes deben trabajar para poder ser reconocidos como tales.

Al respecto, Olavarría (2001: 168) señala que en la sociedad predomina un modelo de masculinidad hegemónica que plantea como mandato que los hombres deben trabajar. Desde pequeños, los menores aprenden este mandato al observar a sus padres ausentarse para ir al trabajo, y ser por lo tanto quienes traen el dinero para satisfacer las necesidades económicas de la familia.

Los menores migrantes pertenecían a familias donde el padre era el único proveedor económico. Sin embargo, debido a la inestabilidad de sus trabajos como campesinos, obreros o en oficios por cuenta propia, así como por la insuficiencia de los ingresos, ocasionalmente se suscitaban disputas domésticas por el dinero, mismas que los menores escuchaban y los instaban a trabajar.

Carlos, un menor de 14 años, oriundo de un ejido de San Luis Potosí, comentaba sobre esto: “Me animé a cruzar con unos amigos, pues por dinero más que nada, porque en la casa falta, como somos muchos, a veces a mi papá no le alcanzaba y yo sabía, luego había problemas y por eso quise trabajar y ganar más”. Claramente, para Carlos el trabajo se volvió una meta para convertirse en un proveedor económico alterno.

84 En otros casos, cruzar la frontera para los menores se debió a una motivación laboral pero derivada de factores culturales como la migración internacional de otros menores y jóvenes de la localidad, de quienes emularon la idea de cruzar la frontera, tal como Mummert (2003) lo ha demostrado para otro contexto del país, en el que emigrar y no estudiar, se vuelve una aspiración personal.

Guadalupe, un menor de 16 años, procedente de una ranchería de Guanajuato, comentaba que su decisión de cruzar la frontera se debió a las carencias familiares, pero también al hecho de que conocía a algunos amigos que habían estado en *el otro lado* y regresado con dólares. Para él eso significaba tanto una oportunidad de conseguir un trabajo bien remunerado, como adquirir prestigio en su rancho por animarse a migrar.

Cruzar y ser un futuro padre-esposo

Aunque menores de edad, los migrantes repatriados también construyen planes a futuro. Quizás ello, además del hecho de migrar para ser reconocido

como un hombre trabajador y, por consiguiente, que pueda ser proveedor económico, constituye un elemento trascendental en las encrucijadas de la migración con la masculinidad, pues denota cómo cruzar la frontera representa una oportunidad para forjar un patrimonio que permitirá estar en condiciones de ser padre y esposo en un corto plazo.

El caso de Alfonso es ilustrativo. Originario del sur de Veracruz, a sus 17 años optó por cruzar la frontera a los Estados Unidos. Más allá de la motivación económica de trabajar para ganar dinero y ayudar a su familia, Alfonso construyó un plan a futuro que, aunque truncado, revela cómo migrar *al otro lado* es una forma de lograr construir una casa para sí mismo y para una posible familia de procreación.

- OSCAR: ¿Por qué decidir migrar para ir a trabajar allá y mejor no buscar trabajo en otra ciudad del país?
- ALFONSO: Pues es que no hay, como le digo, para hacerse una casa.
- OSCAR: ¿Tú quieres hacer una casa?
- ALFONSO: Sí, para después vivir.
- OSCAR: Osea para ti, no para tus papás.
- ALFONSO: Sí, para mí, porque cómo le dijera...
- OSCAR: Pero, ¿por qué una casa si apenas tienes 17 años?
- ALFONSO: No, pero como quiera, cómo le dijera... en un tiempo uno piensa en casarse o en tener una familia.
- OSCAR: ¿Y tú ya estás pensando en eso?
- ALFONSO: Sí, y como para vivir en la casa de los papás, como yo, somos cuatro hermanos, entonces si ellos no piensan en hacer una casa y si vivimos ahí todos juntos, va a ser feo, bueno pues apretado. Es como si usted tiene un hermano y su esposa y la de él no se llevan bien, ya se pelearon, y aparte pues uno está más a gusto.

85

Como se puede observar, algunos menores como Alfonso ven en la migración una vía para poder forjar su propio patrimonio, y esto último como una base económica sobre la cual legitimar sus aspiraciones personales de casarse y procrear. Es decir, a la expectativa de ser un migrante se le suman otros elementos de ser un hombre como son tener un sustento económico, demostrar la heterosexualidad y la virilidad.

Tal inferencia no es tan sorprendente, pues como antes se dijo, algunos estudios sobre masculinidad ya han resaltado que entre los menores la expe-

riencia migratoria configura sus identidades de género (Rodríguez Menéndez, 2005), especialmente al confrontarse lo menores con espacios de riesgo, o bien, al apropiarse y redefinir ideologías en torno a ser un hombre de verdad.

Cruzar y ser un hombre protector de la familia

Algunos analistas de la masculinidad como Kaufman (1994), han señalado que son los hombres quienes detentan el poder, siendo esto un proceso histórico y cultural que, irónicamente, también somete a los propios hombres en una experiencia de dolor y debilidad social.

Para los menores repatriados, proteger a la familia también fue una de sus expectativas al decidir emigrar. Se trataba de una expectativa que, con base en objetivos como trabajar, formar un patrimonio, casarse y procrear en un futuro cercano, se enraizaba en el anhelo de *poder* cuidar de su familia, particularmente apoyando a sus padres y hermanos con dinero. La narrativa de Irineo da cuenta de ello:

Yo pensaba que si me iba al otro lado podía trabajar y así mandarles dinero a mis papás, porque la cosa allá está dura, para la comida y mis hermanos, porque a veces no hay de donde, entonces decía: pues tengo que cuidarlos para que así estén mejor, para que no vivan así. Como sea me daba cosa dejarlos, pero pues ni modo, me agarraron, tal vez en otra ocasión pueda lograrlo y así ayudarlos.

86

Procedente de un pueblo de Zacatecas y a sus 14 años de edad, Irineo construyó la noción de proteger a su familia, y al tomar la decisión de migrar a los Estados Unidos pensó alcanzar esa meta. Sin embargo, como podemos notar, en su narrativa el deseo por *poder* cuidar de su familia, lo que se traduciría en un mandato de la masculinidad, también se vio plagado de dolor e impotencia.

Otro menor, Julián, procedente de Guanajuato y con apenas 15 años de edad, también era de la idea de migrar para proteger a su familia:

Más que nada me vine porque quería encargarme de mi familia, es que está difícil y mi papá no puede, ahora no sé qué haré, porque pues ya me agarraron y ahora a regresar a la casa. Pensaba que iba a estar fácil porque otros lo hacían, pero ni modo.

En otro lugar, Ramos Tovar (2009: 41) afirma que: “Aunque la migración no sea forzada, la experiencia de vivir en un lugar extraño afecta el bienestar

psicológico o emocional de las personas”. Para el caso de los menores entrevistados, la experiencia en sí de haber migrado los expuso a sentimientos de dolor e impotencia por tratar de proteger económicamente a sus familias, y no haberlo logrado.

MIGRAR Y LA MÍSTICA DE LA MASCULINIDAD

De forma paralela al aprendizaje de la masculinidad en la decisión de migrar, los menores se vieron inmersos en lo que Miedzian (1995) denomina una mística de la masculinidad, definida a partir de valores como la dureza, el afán de dominio, la represión, la empatía y la competitividad; valores que de una u otra forma los menores construyeron o reprodujeron al iniciar su experiencia migratoria.

A lo largo de este apartado trataré de analizar cómo se forjó esta mística de la masculinidad entre los menores migrantes. Si bien no se dio del todo, algunos elementos o valores resaltan claramente y denotan que la configuración de las identidades de género de los menores se vincula con despliegues de hombría que se ven en la necesidad de mostrar al momento de decidir cruzar la frontera.

La represión de la empatía al decidir migrar

Si por empatía entendemos la capacidad de las personas para comunicarnos con otras y acoplar sentimientos comunes de tal forma que no se vean afectados, en algunos casos los menores reprimieron la misma con el objetivo de poder tomar la decisión personal de migrar, sin que mediaran sentimientos o emociones de algunos familiares que les hicieran desistir de ello o flaquear en su travesía a los Estados Unidos.

En los casos donde no se dio por parte de los menores, los familiares fueron los que incurrieron en ello con la misma finalidad: que sus hijos adquirieran el valor de migrar y no se vieran atemorizados con sus miedos. Esta situación pone de relieve, por un lado, que la empatía puede ser reprimida por diferentes actores inmersos en la migración, y por otro, que la represión de ésta exalta el valor masculino e inhibe el miedo.

Carlos, procedente de San Luis Potosí, comentaba que cuando pensó en migrar a razón de una invitación de unos primos que ya tenían la experiencia, les dijo a sus padres: “Me voy a ir al otro lado a probar suerte”. Sus padres se

quedaron atónitos y enseguida le preguntaron si estaba seguro de ello. Él les respondió que sí, y que en cuanto estuviera allá y empezara a trabajar, les mandaría dinero.

Otros como Javier, originario de Oaxaca, quien vivía con su abuela materna, señalaba que dado que su padre vive en los Estados Unidos como trabajador indocumentado, él decidió ir a buscarlo y también ponerse a trabajar. Cuando le comentó a su abuela, ella se le quedó mirando y le dijo que ya estaba grande y respetaba sus decisiones. “Solamente me dijo que me cuidara”, añadió.

Tener el valor de comunicar la decisión de migrar a los familiares de forma llana, finalmente, fue una forma de reprimir la empatía por parte de los menores, al igual que las reacciones de los primeros. En este sentido, la identidad de género de los menores fue absorbida por una “masculinidad tóxica” que, como señala Subirana (2010) inhibe valores como la empatía y los suple por estereotipos machistas.

En otros casos, la represión de la empatía también se hizo visible en los menores al interactuar de forma pasiva con quienes migraban, particularmente con los denominados “coyotes”, quienes en varios casos fueron los que los cruzaron. Con estos actores, la comunicación y la amistad se vieron restringidas a un mero negocio, en el que la idea era ser cruzados y hablar lo menos posible.

88 *La dureza al cruzar la frontera*

¿No tenías miedo de pensar que los iban a agarrar, que les fueran a hacer algo?, le pregunté a Alfonso, el menor proveniente de Veracruz. “Pues sí, miedo de que me fueran a agarrar y eso, pero nada más”, me respondió. Aunque discursivamente no lo mostró, en su expresión corporal Alfonso hizo visible el temor que lo invadió al cruzar la frontera. A la vez, evidenció otro elemento de la mística masculina: la dureza. Él añadió:

Pues caminamos un rato en la noche, porque ese día que llegaron por nosotros nos sacaron en la madrugada, no recuerdo qué día pero nos sacaron en la madrugada, pues en la carretera se paró el carro, nos brincamos la cerca y empezamos a caminar con el coyote y caminamos ese día como tres horas, ya después llegamos a un lugar donde había como árboles y ahí nos escondimos, ya dormimos todo el día y ya luego caminamos toda la noche, si ya la siguiente, toda la noche caminamos, ya

luego llegamos a donde nos iban a levantar y nos quedamos en un montecillo, sí un montecillo de puros árboles, ahí nos escondimos entonces ya nomás iba a hablar el coyote a los carros para que llegaran por nosotros, pero entonces en eso llegó migración por las brechas y se quedó parada, yo me imagino que nos habían visto; porque antes cuando íbamos por el monte nos echaron el avión y me imagino que nos miró el avión, y ya después llegamos allá al montecillo y ahí entraron por nosotros, pero los miramos y nos empezamos a salir, salimos y corrimos como una hora, una hora y media corrimos pero nos fue siguiendo y nos alcanzó. Ellos (iban) caminando y nos siguieron las huellas, ya luego llegamos y adelantito se escuchaba como una carretera y eran ellos que pasaban y pasaban y ahí nos quedamos, y ahí estuvimos un rato cuando enseguida miramos lámparas y dijo uno de ellos, con los que yo iba, mi primo, que si corriamos, ya dijo su papá que no, “no ya no hay que correr”, entonces ya nos quedamos boca abajo, cuando llegaron ya nos agarraron, que no nos moviéramos y eso.

En el testimonio de Alfonso encontramos al menos cuatro discursos que nos hablan de la dureza como un valor de la mística de la masculinidad: 1) los hombres deben tener valor para enfrentar riesgos, 2) los hombres deben aguantar jornadas físicas agotadoras, 3) los hombres no deben mostrar miedo en ninguna situación y 4) los hombres deben reconocer el poder de otros hombres.

Connell (1995) plantea que en algunas sociedades y culturas, la dureza es una parte crucial que define la masculinidad a través de normas, conformando un modelo hegemónico que postula que los hombres carecen de emociones, a la vez que legitima el poder de éstos al interactuar con otros hombres y con las mujeres, ante quienes se demuestra la hombría al suprimir emociones y deseos.

A pesar de la existencia de ello, autoras como Ortiz (2011) plantean que “el modelo tradicional de masculinidad caracterizado por la valentía, la dureza emocional y la agresividad puede ser transformado, si estamos convencidos/as que es producto del aprendizaje y la influencia sociocultural a través del proceso de socialización”. Es decir, postula la reconfiguración de las identidades masculinas.

No obstante, cruzar la frontera de forma indocumentada constituyó para los menores migrantes una situación en la que la dureza masculina debía salir a flote. El valor, la resistencia y la osadía, fueron parte de los elementos de dicha dureza, la cual demostraron ante otros hombres –a excepción de las autoridades migratorias– para hacer visible su masculinidad.

La competitividad masculina entre migrantes

Como al principio se dijo, algunos estudios sobre migración de menores han postulado que al emigrar los varones viven un «rito de paso» que legitima su hombría ante otros hombres y ante las mujeres (Keijzer y Rodríguez, 2007). Se trata, entonces, de una prueba que evidencia que los menores se han convertido en hombres al enfrentar y confrontar los riesgos que conlleva migrar como indocumentados.

Entre los menores migrantes repatriados por la frontera Matamoros-Brownsville, dicho rito de paso reforzó un modelo de masculinidad hegemónica o tradicional, ya fuera al tratar de ser reconocidos como hombres trabajadores y proveedores, o al demostrar falta de empatía y dureza; pero por otro lado, también reforzó la competencia masculina a pesar de la frustración migratoria. Julián, el menor oriundo de Guerrero, comenta al respecto:

Quando cruzamos iba con un amigo y con un primo, ellos me echaban carrilla de que tenía miedo y eso, pero n' hombre. Yo nomás corría y a veces los dejaba atrás, o cuando era de noche yo dormía a ratitos y veía que ellos estaban tendidos. Ya cuando amanecía pues a caminar de nuevo y se atrasaban, decían: ¡N' hombre!, ¡que vas rápido!, y yo nomás me reía y los dejaba atrás.

90 La competencia, en esta situación narrada por Julián, se daba entre pares del menor. Se trataba de una prueba de valor y resistencia en la que todos competían para demostrar quién no tenía miedo y quién resistía más la jornada del viaje. Sin duda, la competencia instaba a poner en evidencia la hombría para enfrentar los retos y peligros que se viven al estar del otro lado de la frontera.

Otros como Ireneo, el menor procedente de Zacatecas, recordaba: “cuando estábamos en la casa a la que llegamos, pues nos daban poca comida, y había que ponerse listos para agarrar lo más que se pudiera, porque luego otros se abalanzaban en ganar más, como éramos varios”. Es decir, la competencia se daba también por los recursos para subsistir durante la espera a ser trasladados.

Algunos autores como Valdés y Olavarría (1997), han puntualizado que la competencia es quizá uno de los elementos centrales en la conformación de las identidades masculinas, particularmente porque pone de relieve entre los hombres otros recursos como son la dureza y el dominio. En este caso, los

menores migrantes desplegaron éstos como parte de una prueba de iniciación masculina.

CONCLUSIONES

Los estudios sobre la migración indocumentada de menores mexicanos a los Estados Unidos han sido poco privilegiados. Acertadamente, Ramos Tovar (2009: 37-38) afirma que las investigaciones sobre el tema más bien han centrado la mirada en las características sociodemográficas y laborales de los migrantes, sus redes, los lugares de origen y destino, las remesas y, últimamente, en la incorporación de las mujeres.

En cualquiera de los casos, se trata de indagaciones sobre la migración de adultos, en su mayoría hombres. Desde esta perspectiva, el presente trabajo intentó hacer una contribución al tema enfocándose en las experiencias migratorias de menores mexicanos que han sido repatriados por la frontera entre Matamoros, Tamaulipas y Brownsville, Texas, e ingresados en un albergue municipal.

La relevancia de este análisis preliminar, a diferencia de otros (Sánchez Munguía, 1993; Mummert, 2009 y López Castro, 2000 y 2009), es que aborda los traslapes entre migración y masculinidad a partir de una propuesta teórica que postula que los hombres, desde la infancia y ante coyunturas cruciales, entran en un proceso de aprendizaje y mística masculina que enuncia diferentes valores.

Con base en las entrevistas realizadas a algunos menores en esta situación, mismas que trataron de reconstruir su experiencia migratoria desde el momento en que decidieron hacerlo hasta que fueron detenidos y deportados por autoridades migratorias, se puede afirmar que para los menores el migrar constituyó un ritual de paso que reforzó los significados de ser y de actuar como un hombre.

Por un lado, desde que los menores tomaron la decisión de migrar a los Estados Unidos, interiorizaron y desplegaron lo que Olavarria (2001) denomina “mandatos de la masculinidad”: ser un hombre trabajador, aspirar a ser proveedor, padre-esposo o protector de la familia; todo ello en el marco de un proceso androcéntrico de aprendizaje producto de la socialización familiar y cultural.

Por otro lado, la experiencia de cruzar la frontera de manera indocumentada, representó para los menores imbuirse en una mística de la masculinidad

que, en opinión de Miedzian (1995), se caracteriza por la dureza, la represión de la empatía, la competitividad, entre otros valores; en este caso, aislarse de emociones, mostrar valor, resistencia y desafío formaron parte de esa mística entre los menores.

Tal como han evidenciado Gutmann (2000) y Viveros, Olavarría y Fuller (2001) para el caso de México y Sudamérica, es durante la infancia y la adolescencia que los hombres interiorizan las normas y valores emanados del modelo de masculinidad hegemónica prevaleciente en la cultura, especialmente al interactuar con otros hombres en situaciones que demandan demostrar ser viril.

El caso de los menores migrantes repatriados por la frontera entre Matamoros y Brownsville, independientemente de que no lograron permanecer en los Estados Unidos como indocumentados, permite justamente desentrañar cómo esas normas y valores del modelo de masculinidad tradicional se traslaparon con su experiencia migratoria desde el momento en que salieron de sus casas, hasta que cruzaron la frontera y fueron deportados al lado mexicano.

BIBLIOGRAFÍA

- 92 Askew, Sue y Carol Ross (1991), *Los chicos no lloran. El sexismo en educación*, Barcelona: Paidós Ibérica.
- Barragán, Rossana (Coord.) (2001), *Guía para la formulación y ejecución de proyectos de investigación*, Bolivia: PIEB.
- Centro de Atención al Menor Fronterizo (CAMEF) (2012), Matamoros, México: Gobierno del Estado de Tamaulipas.
- Connell, Robert W. (1995), *Masculinities*, Berkeley: University California Press.
- Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) (2011), *Niñez migrante en las fronteras*, México: UNICEF. Consultado el 16 de octubre del 2011, en: www.unicef.org/mexico/spanish/proteccion_6931.htm.
- Gutmann, Matthew, *Ser hombre de verdad en la ciudad de México: ni macho ni mandilón*, México, El Colegio de México.
- Kaufman, Michael (1994), "Men, feminism, and men's contradictory experiences of power", en Harry Brod y Michael Kaufman (Eds.), *Theorizing masculinities*, Thousand Oaks: Sage.
- Keijzer, Benno de y Gabriela Rodríguez (2007), "Hombres rurales: nueva generación en un mundo cambiante", en Ana Amuchástegui e Ivonne Szasz (Coords.), *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, México: El Colegio de México.
- Kimmel, Michael S. (1997), "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", en Teresa Valdés y José Olavarría (Eds.), *Masculinidades, poder y crisis*, Santiago, col. Ediciones de las Mujeres núm. 24, Chile: Isis Internacional.
- López Castro, Gustavo (2000), "Richard y sus amigos. Sociometría de las relaciones en la escuela: Michoacán y Chicago", en *Relaciones*, núm. 83, vol. XXI, Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán.

- López Castro, Gustavo (2009), "La educación en la experiencia migratoria de niños migrantes", en Gail Mummert (Ed.), *Fronteras fragmentadas*, 2a. ed., México: El Colegio de Michoacán - Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Michoacán.
- Mancillas Bazán, Celia (2004), "Migración de menores mexicanos a Estados Unidos", en Paula Leite y Silvia E. Giorguli (Coords.), *El estado de la migración. Las políticas públicas ante los retos de la migración mexicana a Estados Unidos*, México: CONAPO.
- Miedzian, Myriam (1995), *Chicos son, hombres serán. ¿Cómo romper los lazos entre masculinidad y violencia?*, Madrid: horas y HORAS.
- Mummert, Gail (2003), "De los estudios de la mujer a los estudios de género en México", en Luzelena Gutiérrez de Velasco (Coord.), *Género y cultura en América Latina. Arte, historia y estudios de género*, México: El Colegio de México.
- Mummert, Gail (2009), "Siblings by telephone: experiences of Mexican children in long-distance childrearing arrangements", en *Journal of the Southwest*, vol. 51, núm. 4, Tucson, AZ: The University of Arizona.
- Olavarria, José (2001), "Invisibilidad y poder. Varones de Santiago de Chile", en Mara Viveros, José Olavarria y Norma Fuller (Eds.), *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Olaz, Ángel (2008), *La entrevista en profundidad*, Asturias: Septem.
- Ortiz, Isabel (2011), *La masculinidad tradicional cuestionada*, Bucaramanga, Colombia: Fundación Mujer y Futuro. Consultado el 11 de marzo de 2011, en: http://sociales.reduaz.mx/art_ant/migracion_y_genero.pdf.
- Quintero Ramírez, Cirila (2007), "El Programa Interinstitucional de Atención a Menores Fronterizos. El caso del Programa de Menores Migrantes o Repatriados en Matamoros, Tamaulipas", reporte de investigación para el Centro de Atención al Menor Fronterizo, Matamoros, Tamaulipas.
- Ramos Tovar, María Elena (2009), "Entre la tristeza y la esperanza: reconstrucciones identitarias de los mexicanos en Estados Unidos", en María Elena Ramos Tovar (Coord.), *Migración e identidad. Emociones, familia, cultura*, México: Fondo Editorial de Nuevo León.
- Rodríguez Menéndez, María del Carmen (2005), "La construcción del género en los primeros años de escuela: una mirada desde la perspectiva del profesorado", *Revista Iberoamericana de Educación*, núm. 35/1, Madrid: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
- Rodríguez Menéndez, María del Carmen (2007), "Identidad masculina y contexto escolar. Notas para un debate", en *Revista de Educación*, núm. 342, Madrid: Instituto Nacional de Evaluación Educativa.
- Rosas, Carolina A. (2007), "El desafío de ser hombre y no migrar. Estudio de caso en una comunidad del centro de Veracruz", en Ana Amuchástegui e Ivonne Szasz (Coords.), *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, México: El Colegio de México.
- Sánchez Munguía, Vicente (1993), "Matamoros-sur de Texas: el tránsito de los migrantes de América Central por la frontera México-Estados Unidos", en *Estudios Sociológicos*, vol. XXI, núm. 31, México: El Colegio de México.
- Subirana, Miriam (2010), *Cómo ser un nuevo modelo de hombre*, Madrid: El País. Consultado el 11 de marzo de 2012, en: http://elpais.com/diario/2010/11/21/eps/1290324414_850215.html.
- Tamaulipas. Gobierno. Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia de Tamaulipas (DIF) (s/a), "CAMEF Centro de Atención a Menores Fronterizos", tríptico informativo, Ciudad Victoria, Tamaulipas: DIF.
- Valdés, Teresa y José Olavarria (1997), *Masculinidad/es. Poder y crisis*, col. Ediciones de las Mujeres, Santiago, Chile: Isis Internacional.
- Valle Rodríguez, Gloria M. (s/a), *Las migraciones internacionales. Hacia una perspectiva de género*, Zaca-

- tecas: Universidad Autónoma de Zacatecas. Consultado el 16 de octubre del 2011, en: http://sociales.reduaz.mx/art_ant/migracion_y_genero.pdf.
- Vega Briones, Germán (2009), “Masculinidad y migración internacional: una perspectiva de género”, en *Aldea Mundo*, vol. 14, núm. 28, San Cristóbal, Venezuela: Universidad de los Andes.
- Velázquez, Claudia (2009), “Recibe CAMEF 19 niños repatriados”, en *La Verdad de Tamaulipas*, 17 de julio, Ciudad Victoria, Tamaulipas: La Verdad de Tamaulipas.
- Viveros, Mara; José Olavarría y Norma Fuller (2001) (Eds.), *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.